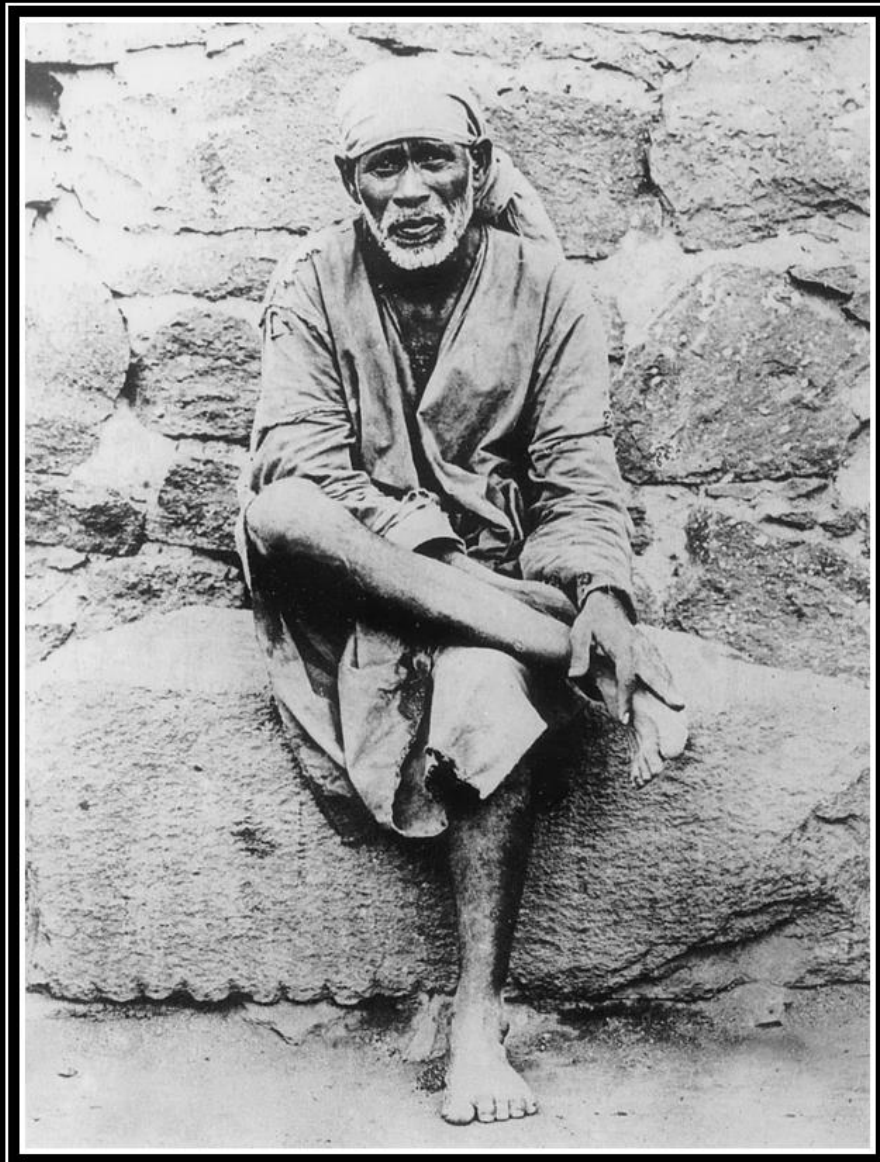


Sai Baba

El Fakir de Allah



SAI BABA, EL FAKIR DE ALLAH

Extracto de Lord Meher

Tomo I

Bhau Kalchuri

**“Allah es el Protector de los pobres.
No hay nada además de Él.
El nombre de Allah es eterno ¡Allah es Todo en todo!”**

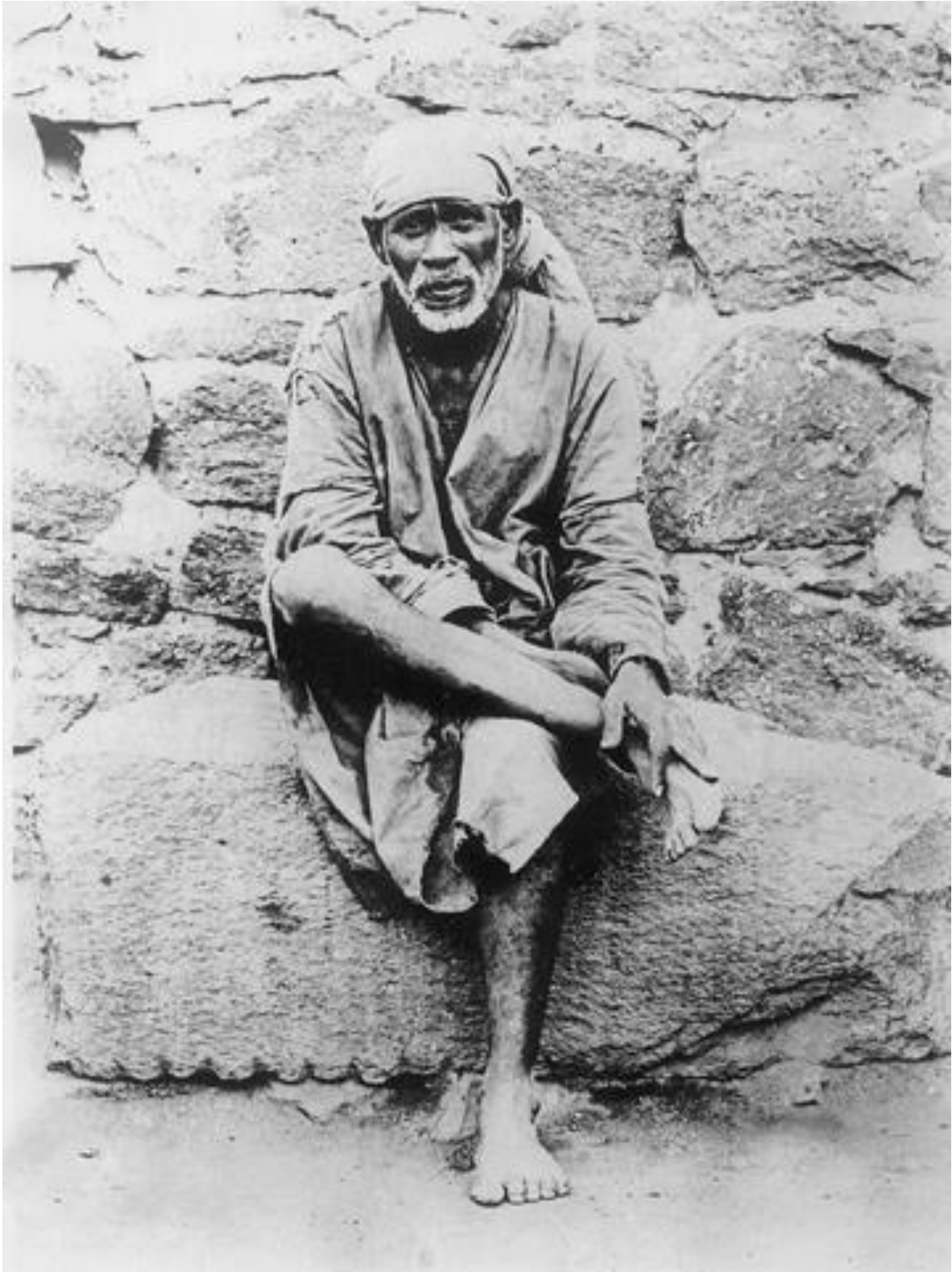
Así lo pregonaba diariamente, en la aldea de Shirdi, un hombre barbado que vestía una túnica harapienta. Fumaba una pipa *chilum* de opio, en una mezquita consagrada, mientras la gente acudía en tropel a tributarle su respeto, y cuando bendecía a cada uno, le decía “Dame tu dinero. Dame cuanto tengas en tus bolsillos”. Solían darle todo su dinero y, a menudo, ni siquiera les permitía que guardasen lo suficiente para pagar su pasaje de tren para volver a sus hogares. Era extraño este asceta harapiento, que siempre pedía dinero, pues al terminar el día lo había regalado totalmente a los pobres y solía vagar por las calles mendigando su comida. Sólo mendigaba *bhakri* (pan dulce de mijo, sin levadura); vivía de esto solo.

A este asceta mendicante lo solían denominar “*fakir*”. Una vez, un niño desnudo se paró frente a este fakir, quien inocentemente preguntó a la madre “Hija, ¿es niño o niña?” La inocencia del fakir era tal que a menudo parecía ser muy ignorante de esas cosas.

Cuando alguien le suplicaba por algo, el fakir le contestaba “¡*Allah malik hai!*”; ¡Dios es grande!

Para decir lo menos, su conducta no era normal. Consideraban que era hipócrita y afrentoso que un fakir le sacara dinero a la gente. Sin embargo, ésta no tenía reparos en darle su dinero a este fakir peculiar que daba todo a los pobres. Tenían fe en él y le daban todo lo que les pedía, y se juzgaban benditos si él les pedía algo.

La gente le oía decir “Sólo pido a aquellos a quienes el *Fakir* señala. Les doy, a cambio, diez veces lo que ellos me dan”. El *Fakir* de quien hablaba no era otro que Dios Todopoderoso.



*La postura más famosa de Sai Baba, en Shirdi.
Se ve al fakir con la ropa desgarrada, siempre descalzo y sentado sobre una piedra.*

¿Este fakir era hindú o musulmán? Acudían a verle personas de toda religión y casta de la India. Este santo era muy singular pues no pertenecía a castas, religiones ni “ismos”. Era demasiado pobre y demasiado grande para pertenecer a algo.

¿Por qué la gente viajaba centenares de kilómetros, de todas las regiones del subcontinente indio, para verle? ¡A causa de sus ojos! ¡Decían que los ojos de este fakir eran luz! Algunos solían decir “¡Qué ojos!... ¡Sus ojos resplandecen más que el sol!... ¡Son magnéticos!... ¡Sus ojos deben estar hechos de luz!” Alguien los describió así: Eran los ojos que, al final, atraían a miles de personas hacia él. Al mirar sus ojos, uno se prosternaba en adoración a sus pies.

Oculto en este fakir extraordinario se hallaba el *Qutub-e-Irshad* de la era. Este fakir era el jefe de la jerarquía espiritual y el principal Maestro Perfecto de su tiempo. Quien tenía en sus manos la llave de todos los universos, se presentaba como un mendigo harapiento en una pequeña aldea llamada Shirdi. ¡En las manos de este mendigo se equilibraban las conflictivas fuerzas de los universos! Tal vez sea difícil que un materialista crea esto, pero es un hecho espiritual. Dirían que era una ridiculez que la gente afirmara que este maestro se encargara totalmente de conducir o controlar la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, en los planos internos de las realidades espirituales, los Qutubs o Sadgurus son los Maestros del universo y nada sucede nunca sin su divino decreto.¹

El aspecto de ese mendigo era por demás engañoso. Él era el más poderoso rey en el cielo y en la tierra, pero no le importaba si la gente le veía meramente como un mendigo. Ahora, el sol de su divinidad ha derramado su luz. Él ha cumplido con su deber; nosotros debemos cumplir con el nuestro. Para entenderlo a él, debemos tener interés; quien lo tiene se beneficia al conocerlo.

Es difícil estudiar la vida de cualquier hombre que devino Dios, Sadguru o Qutub, porque cuando se encuentra encarnado y su sol refulge, todos los ojos se concentran en ese sol, o sea, en él. Solamente después de ponerse el sol la atención da un giro y su historia es documentada.

No es posible sondear la vida de semejante maestro sin ser uno mismo un fakir. Sólo unos pocos rayos de su luz son cuanto él revela al mundo. Por este motivo, no es posible conocer con todos sus pormenores la verdadera historia de todo Ser Perfecto. Ese fakir, de quien el mundo llegó a enterarse, jamás permitió que el prójimo conociera su apellido o nombre de la niñez. Nuestra era le ha llamado “*Sai*”, que significa “el Señor” o “el Santo”.

¹ Una vez, Meher Baba dijo refiriéndose a Sai Baba: “Sai Baba fue quien controló toda la Primera Guerra Mundial”. No podría haber guerra sin la voluntad y la guía de los cinco Maestros Perfectos. Meher Baba solía recordar a Sai Baba con sumo afecto como el “abuelo”, y describía la grandeza de Sai como la “Perfección Personificada”.

Nada se sabe con claridad sobre su nacimiento. Algunos creen que Sai nació en una familia brahmín, que sus padres murieron y que fue luego criado por un asceta musulmán. Sin embargo, algunos creen que nació en una familia mahometana, y la mayoría de los biógrafos concuerdan en esta creencia. Cualesquiera que sean las circunstancias de su nacimiento y niñez, esos hechos se han perdido. El que debe interesarnos es Sai el Maestro, no el hombre, en cuyos ojos todos son uno.

Se dice que Sai nació en 1838, en la aldea de Sailu, del distrito de Jintur, en la India. Pero pruebas recientes señalan que su lugar de nacimiento fue la aldea de Pathri, en el distrito de Parbhani, y también se dice que pasó su niñez cerca de Aurangabad, en Maharashtra. Sin embargo, se sabe que sus padres eran muy pobres. Al morir su padre cuando él era niño, su madre, obligada por las circunstancias, debió recurrir a la mendicidad en procura de sustento.

Bien podríamos asombrarnos de un drama de este tipo. Quien estaba destinado a ser el Señor del universo tuvo que pasar su niñez entre los indigentes, los sin techo y mendigando por las calles. ¡Cuán insondable designio de Dios! El hombre que guiaría el destino del mundo se crió en la más lamentable indigencia.

Nuestra Era oyó a ese niño llorar “Madre, camina más despacio. No puedo andar más rápido... No puedo seguir”. Y la madre, con lágrimas en los ojos, alzaba al niño en sus brazos. “Madre, tengo mucha hambre... ¿Cuándo alguien bueno nos dará comida?”

Y su madre, con voz ahogada, le decía “Hijo, ten paciencia. Dios es misericordioso. No muy lejos de aquí hay una aldea en la que encontraremos pan”.

Al advertir el apremio de su madre, el niño le decía “Madre, ya no siento hambre... Ahora tengo ganas de caminar”. Entonces, se soltaba de los brazos de su madre y, aunque cansado y débil, caminaba lentamente detrás de ella.

De esta manera, durante cinco años, la madre y el hijo deambularon de puerta en puerta y de una aldea a otra. El niño distraía alegremente a su madre con su dulce conversación. Nunca más volvió a pedir comida o comodidad. Las ampolladas plantas de los pies le dolieron hasta que se endurecieron como cuero, a medida que caminaban y caminaban. La madre ignoraba hacia dónde se dirigían. Mendigaban y deambulaban para sobrevivir.

La misericordia se oculta siempre en el aparente aspecto terrible de Dios. El destino es un misterio paradójico: ¡la crueldad de Dios es, de algún modo, Su misericordia! Cualquiera que sea la circunstancia, nadie puede eludir su compasión. La naturaleza de Dios es misericordia; Él es la misericordia propiamente dicha. Nadie está sin amparo ni esperanza ante sus ojos. Sin embargo, sólo quienes se vuelven Dios son los que sondan este misterio.

Aunque la madre y su hijo estaban sufriendo para los ojos del mundo, nadie podía imaginar lo que ese niño de cinco años estaba a punto de recibir. Tras

golpear de puerta en puerta en la aldea de Shelwadi y ser despedidos con las manos vacías, ambos deambularon hasta la puerta de un ciego que los hizo entrar. ¡Pero este ciego era un santo!

En esa zona, Gopal Rao Deshmukh era un santo hindú famoso; abrazó al niño con tanto fervor como si dos viejos amigos hubieran vuelto a encontrarse después de años de separación. En realidad, el santo había estado esperando a la mujer y al niño, y con gran respeto y amor preparó en su propia casa una habitación para que vivieran con él de manera permanente. La casa del santo estaba totalmente despojada, no había muebles ni adornos, salvo una gran estatua de *Vyankatesh*² (Vishnú) a quien él adoraría día y noche.

El padre del santo se llamaba Keshav Pant. Aunque era un hindú pobre, Keshav era muy religioso y en él tuvo sus raíces la espiritualidad de Gopal Rao. Desde la niñez, inspirado por su padre, la llama de la espiritualidad ardía profundamente en su corazón. Cuando llegó la hora de que Gopal Rao ganase su sustento, no pudo encontrar trabajo en Jamb, su sitio natal, y por este motivo se trasladó a Shelwadi. Después de vivir ahí unos años, la gente del pueblo lo miraba con reverencia. Aunque aún era pobre, cuanto tenía lo compartía con otros seres más desdichados y cuidaba a los afligidos. En premio a su servicio desinteresado, las autoridades de la ciudad le dieron un terreno para que viviera en él y lo cultivase.

Gopal Rao sufrió una severa mortificación. Un día clavó la vista en una bella mujer y empezó a tener inoportunos deseos lujuriosos. La depravación de sus pensamientos lo perturbó tanto que regresó de inmediato a su casa y, mientras estaba de pie ante la estatua de Vyankatesh, ¡se sacó los ojos con una vara de hierro! La luz externa del mundo se apagó para siempre, pero este acto ¡aumentó dentro de él la luz interior hasta convertirla en una llama!

Esa luz interior se convirtió en fuego, y su fama se difundió hasta lejanos lugares de toda la India. Se decía: “el Señor Vyankatesh en persona prepara la bandeja de *arti* para Gopal Rao. Sólo entonces el santo celebra el *arti* delante del Señor”. De esta manera, el santo ciego adoraba la imagen de Vyankatesh, y debido a la presencia de Gopal Rao, Shelwadi dejó de ser una aldea agrícola para convertirse en un sagrado lugar de peregrinaje.

En la humilde casa de este santo ciego, el joven Sai fue criado con gran afecto y amoroso cuidado, las muchas heridas de esos cinco años de mendicidad sanaron. El amor del santo por ese niño aumentó cada vez más, mientras la madre servía a este hombre ciego con profundo respeto, pues le había dado un hogar a ella y a su hijo, por lo que estaba siempre agradecida.

² Vyankatesh es otro nombre de Vishnú: el Preservador de la Creación. El vocablo deriva de la palabra sánscrita Vaikunth: la Morada de Dios. A quien se encuentra en esta Morada se lo llama Vyankatesh.

Su madre murió cuando el niño tenía doce años de edad. Al interrumpirse la conexión con su madre, el niño y el santo ciego vivieron juntos durante varios años en la misma casa. En este lapso, el niño descubrió el mundo espiritual gracias al santo y se convirtió en el principal discípulo de Gopal Rao.

Al ver esta estrecha relación, los discípulos brahmines del santo se ofendieron y envidiaron al niño, preguntándose por qué su maestro tenía tanto afecto por este joven musulmán. El resultado de esto fue que trataron de hostigar al jovencito de distintos modos, pero él toleraba la maldad de ellos por amor a Gopal Rao. La situación empeoró, sus celos los volvieron violentos y despreciables y algunos decidieron asesinarlo. Empezaron a planear cómo lo matarían, pero:

**Nadie podrá tocar un cabello de la cabeza
de aquél a quien Dios desea proteger.
Aunque todo el mundo esté contra él,
¡Él está a salvo!**

¡De qué son capaces los celos! Convirtieron a un grupo de devotos en asesinos potenciales. Como resultado de esto, en una ocasión en la que Gopal Rao caminaba por el bosque acompañado por el niño, algunos devotos los siguieron furtivamente. Cuando el santo y Sai estaban descansando bajo la sombra de un árbol alto, los hombres se deslizaron sigilosamente hacia ellos y uno arrojó una gran piedra a la cabeza del joven. Pero en lugar de dar en el blanco, la piedra golpeó a Gopal Rao. Al ver sufrir a su maestro a causa de él mismo, el corazón de Sai se destrozó y ¡derramó lágrimas de sangre! Le dijo a Gopal Rao “Maestro, después de todos estos años que estuvimos juntos, ya no es bueno que permanezca contigo. Déjame marchar de este lugar”.

El santo le contestó “No puedes marcharte. A partir de ahora he decidido convertirte en mi único heredero. Un día heredarás mi tesoro...”

Quien intentó matar a Sai enfermó y sufrió mucho, antes de morir poco después. Los devotos de la aldea quedaron asombrados por el deceso repentino de aquel hombre y creyeron que Gopal Rao le había castigado por su malvado propósito. Uno de los parientes de ese hombre fue a ver al santo para obtener su perdón y el resto de los devotos empezó a rezar con la esperanza de revivir al difunto. Al escuchar lo que le pedía, Gopal Rao dijo a ese pariente “¿Por qué me pides que lo traiga de vuelta a la vida? Soy sólo un hombre corriente, como tú. No tengo ese poder. No puedo hacer eso”. Después, señalando a Sai, Gopal Rao agregó “Tal vez este joven musulmán pueda hacerlo”.

Ante una señal del santo, el joven se levantó y, tomando un poco de polvo de los pies de Gopal Rao, frotó con él el cadáver. A los pocos minutos, el difunto ¡resucitó y se sentó! Los devotos de la aldea quedaron estupefactos. A partir de este acto de poder divino, comprendieron que la relación del niño con Gopal Rao era única y que, como el principal discípulo de su maestro, ese niño debía ser

honrado en lugar de odiado. Los aldeanos celebraron esa resurrección con una larga procesión en la que el jovencito y Gopal Rao, sentados en un palanquín, fueron venerados por miles de personas, arrojándoles flores a medida que los transportaban por la ciudad.

Durante unos días, Gopal Rao había estado insinuando que muy pronto abandonaría su cuerpo, pero ninguno de sus devotos tomó en serio sus palabras. Un día, reunió a todos sus discípulos más cercanos y les dijo: “Ha llegado mi hora”. Entonces, el santo ciego les permitió que lo bañaran. Les hizo leer unas plegarias y recitar un pasaje del Bhagavad Gita. Llamó al jovencito para que estuviera con él y, con muchísimo amor, le dio su propio *dhoti* (una tela blanca con la que se envolvía desde la cintura hasta los tobillos). Sai lo aceptó con reverencia. Gopal Rao impartió algunas instrucciones finales a sus discípulos y, acostándose, silenciosamente cortó la conexión con su cuerpo físico. Al legar su manto a aquel joven, Gopal Rao le transfirió su carga espiritual con todas sus responsabilidades y obligaciones. Sai entendió totalmente lo que eso significaba. Con la tela del *dhoti* de su maestro, el joven se hizo confeccionar una camisa *kafni* y un *turbante* que usó siempre. Este joven musulmán, a quien llamamos “Sai”, tenía entonces solamente dieciséis años de edad.

Poco después de morir Gopal Rao, el joven se fue de Shelwadi y se recluyó en el bosque. Un día en el que un hombre llamado Chand Patil atravesaba el bosque, se encontró con el joven fakir sentado bajo un árbol. Sin preámbulo alguno, el joven preguntó a Chand Patil “¿Perdiste dos caballos?”

Azorado, el hombre replicó “Sí, pero no pude encontrarlos”.

“Vé hasta el arroyo más cercano”, le dijo el fakir, “y allí los encontrarás”. Chand se marchó y grata fue su sorpresa cuando los encontró exactamente donde el joven asceta le había indicado.

Cuando Chand regresó para darle las gracias al fakir, vio que el joven estaba llenando su chilum con tabaco. Deseoso de encender la pipa del fakir, Chand se dio cuenta de que no tenía cerillas. El joven le hizo ademán de que se apartase y, clavando un palo en el suelo, desenterró una brasa y la acercó a su pipa.

Este prodigio convenció a Chand Patil de que el joven fakir era “alguien grande y santo”. Le pidió al santo hombre que lo acompañara hasta la aldea de Shirdi hacia donde él se dirigía, para asistir a la boda de un sobrino suyo, y el joven fakir estuvo de acuerdo en acompañarle.

En ese entonces, Shirdi no era una ciudad grande, pero toda la población salió a recibir a los visitantes, poco sabían sobre cuán distinguido huésped tenían entre ellos. Cuando la procesión nupcial pasó frente al templo de *Khandoba*, un sacerdote hindú, llamado *Bhagat Malsapati*, vio al joven fakir y pronunció por primera vez estas palabras “¡Hah Sai, hah!” -¡Bienvenido Señor, bienvenido!-. Desde ese día en adelante, aquel joven fakir de sólo dieciséis años de edad, cuyo nombre nadie realmente sabe, llegó a ser conocido como *Sai*.

Sin embargo, el joven *fakir* no se quedó mucho tiempo en Shirdi, y empezó a vagar de un sitio a otro de Maharastra, mendigando durante todo el trayecto. Finalmente, deambuló por las colinas que rodean las cuevas de Ellora, en Aurangabad, y en ese lugar entró en una pequeña cueva que se halla en la cima de una colina llamada Khuldabad.

Al pie de esta colina está la tumba de un Qutub musulmán, llamado *Zarzari Baksh*³. Dicha tumba ha sido el sitio predilecto de los peregrinos mahometanos de esa zona durante más de setecientos años. Zarzari Baksh fue el maestro del joven fakir en su vida previa y Sai fue atraído interiormente a estar cerca de su anterior maestro; lo cual lo hizo ingresar a una cueva desde la cual se podía observar la tumba. Durante este lapso, Sai realizó a Dios y permaneció en la cueva durante varios años en el estado de *Majzoobiyat*, sin abandonarla nunca en busca de comida o agua.

Durante esos años, el cuerpo sano y fuerte del joven fakir se convirtió en un esqueleto viviente. Este, sin embargo, tenía luz infinita: como si la carne y los huesos de Sai se hubieran transformado en luz. El demacrado fakir había perdido su consciencia física. Ahora, tenía el cuerpo de un adulto, pero sin consciencia de su propio cuerpo. Se había convertido en un *Majzoob* que había realizado a Dios. Sai era totalmente consciente de sí mismo como Dios, "*Anal Haq*", pero permaneció completamente desvinculado de su propio cuerpo humano y del mundo que le rodeaba, durante cuatro años. Sai tenía necesidad de abandonar la cueva; necesitaba recuperar su consciencia física para poder cumplir su destino, para enjugar las lágrimas de nuestra Era, para traer al Antiguo a la forma.

Cuando finalmente Sai dejó la cueva, era un esqueleto viviente. Interiormente atraído por el poder de otro Maestro Perfecto, deambuló hacia el este para encontrarse con el *Swami de Akalkot*⁴, y por la gracia de este Sadguru hindú, Sai recuperó la consciencia humana normal. En esta aldea de Akalkot, en la cordillera

³ El Maestro Perfecto musulmán, Zarzari Baksh, fue responsable finalmente de la Realización del joven, luego llamado Sai, la cual ocurrió durante los cuatro o cinco años en los que el joven permaneció en la cueva cerca de la tumba de Zarzari Baksh. Fue muy singular la relación entre maestro y discípulo que Sai Baba había tenido con Zarzari Baksh aproximadamente setecientos años antes. Dicen que Sai había hecho algo que agradó tanto a Zarzari Baksh que éste le había concedido la Realización (aunque Sai no estaba destinado a Realizar a Dios en ese nacimiento). Sin embargo, la Realización de Dios, por parte de Sai Baba por medio de la gracia de este Qutub musulmán ocurrió finalmente aunque Zarzari Baksh ya había desencarnado hacía siglos. Meher Baba fue quien contó este hecho.

⁴ El Swami de Akalkot (o de Akola, cerca de Ajanta) era un Maestro Perfecto en esa época. Aparte de conocerse como el Swami o el Gurú de la aldea, no hay constancias ni estudios acerca de su nombre y linaje espiritual. El hizo "descender" a Sai Baba después de que éste Realizó a Dios por la gracia de Zarzari Baksh, convirtiendo a Sai en un Maestro Perfecto. Mientras estuvo en la cueva de Ellora, Sai debió haberse hallado en el estado de *Majzoobiyat*, completamente inconsciente de sí mismo y del mundo, durante cuatro o cinco años.

de Ajanta, el fakir se convirtió en *Sai* (el Señor del Universo) un Qutub viviente, y comenzó su labor divina en la Tierra. Tenía entonces veinte años de edad.



Representación de Sai Baba como un joven maestro, en Shirdi.

Sai regresó a Shirdi en 1858 y se quedó allí, convirtiendo a esa humilde aldea en su sede permanente. Al principio, era aparentemente un nuevo fakir que se establecía en Shirdi; se mantenía apartado de los aldeanos, y pasaba las noches bajo un árbol neem durante todas las estaciones. Sus necesidades corporales eran mínimas, y mendigaba la comida o el tabaco que quería. El fakir prefería estar solo, e hizo saber esto a quienquiera que invadiera su soledad; era evidente que los aldeanos le desagradaban.

Después de vivir durante unos meses, solo, debajo del árbol neem, Sai se mudó a un pequeño cobertizo de chapas de metal que se utilizaba como la mezquita local de esta muy pobre aldea. Sai denominó a la mezquita *Dwarkamai Masjid*; la mezquita de la Madre de la Misericordia.

Allí dos hombres empezaron a servirle fielmente; uno, era el sacerdote hindú Malsapati, quien comenzó a llamarle "Sai" y el otro, llamado Tatyá Kote. Muchos aldeanos se referían sarcásticamente a ellos como "el trío de Masjid".

En esa época, Shirdi era una tranquila aldea agrícola. Unos años después de establecerse Sai allí, una peste asoló la zona y murieron muchísimas personas. Las autoridades del distrito lo probaron todo para aliviar la epidemia, pero de nada sirvió. Finalmente, algunas personas se acercaron a Sai, le contaron los horrores de la peste y le suplicaron que los auxiliara antes de que fuera aniquilada toda la población de Shirdi.

Las historias que le contaron conmovieron al fakir, quien se dirigió a una casa cercana, recogió allí la piedra de un pequeño molino, regresó a la mezquita de la Madre de la Misericordia y se puso a moler trigo. Recogió la harina y se la dio a una mujer, ordenándole que la esparciera a lo largo de los lindes de la aldea. La mujer hizo de buena voluntad lo que él le dijo y, al poco tiempo, para alivio de todos, la epidemia empezó a menguar, los pacientes se recuperaron y Shirdi se libró por completo de esa peste desastrosa.

Los inválidos y enfermos de las aldeas circundantes iban a ver al fakir, quien los trataba con hierbas medicinales. Después, se sentaba con esos pacientes, escuchando la música devocional que ellos cantaban. Cada persona se sentía atraída hacia él por una razón ¡la luz en sus ojos!

Todos los Maestros Perfectos son únicos. Si había una característica física que lo ubicaba sobre los demás hombres, esa característica eran sus ojos. Los ojos de este Ser Perfecto eran tan luminosos, con tal poder y tan penetrantes que nadie podía mirarlos largo tiempo. Se tenía la sensación de que él estaba leyendo a uno por completo y nada podía ocultarse a esa mirada. Una vez que esos ojos contemplaban a una persona, esa mirada no se olvidaba jamás. Después de ver su rostro y sus ojos, lo único que la gente podía hacer era inclinarse reverentemente ante él como su Señor.

Sai Baba mendigaba su comida todos los días; solía pedir solamente pan en cinco casas diferentes de Shirdi. En cada umbral, clamaba "Madre, dame bhakri",

o bien, “Madre, dame roti”. Siguió mendigando hasta sus últimos días, en 1918. Sai siempre comía solamente uno o dos de esos panes y el resto lo repartía entre los pobres.⁵

Sai Baba tenía varios hábitos personales que eran extraños, además de ser muy fumador. Mientras mendigaba, solía detenerse en cualquier sitio de su trayecto, en sitios apartados o en medio de un atestado bazar y desenfadadamente se levantaba el dhoti para orinar y, al terminar siempre sacudía su pene siete veces. Después seguía mendigando. Al verlo comportarse de esta inusual manera, al principio, algunos aldeanos no lo creyeron santo sino loco.

Sai Baba solía demorar horas en mover el vientre. A medida que la cantidad de devotos aumentaba, el acto de atender “a los llamados de la naturaleza”, se transformó en una ceremonia de pompa y adoración, y se la llamó *lendi*. Todos los días iba a defecar en una hora fija, habitualmente ya avanzada la mañana, en un campo cercano, seguido por una procesión de devotos, algunos de los cuales tocaban instrumentos musicales.

Sin embargo, esta ceremonia de *lendi*⁶ contenía un misterio espiritual. Una vez Sai Baba dio esta explicación “Cuando defeco, dirijo a mis *abdals* (representantes espirituales en los planos internos) en sus deberes para con el mundo. Los convoco mediante el sonido de la música durante la procesión”

Una vez, en estado glorioso el declaró:

**“Yo soy el Ser Sin Atributos: ¡el Absoluto!
El universo es mi morada.
Brahma es mi padre y *Maya* es mi madre.
Tengo este cuerpo por la unión de ambos.
Quienes piensan que resido en Shirdi, no conocen al *Sai real*,
pues no tengo forma y estoy en todas partes”**

⁵ La mendicidad de Sai Baba fue una labor espiritual misteriosa. Según Meher Baba, “Sai Baba representaba al mundo. Las cinco casas (en las que pedía limosna) representaban a los cinco Maestros Perfectos que están viviendo siempre en el mundo y ante cuyos pies todo el mundo ruega por progreso espiritual y material”.

⁶ El *lendi* de Sai Baba guarda relación con su labor espiritual en el mundo material. Aunque un acto externo de los Maestros Perfectos resulta aparentemente enigmático, es interiormente significativo porque su acción es para beneficio del mundo. Aun cuando los Maestros Perfectos orinan y defecan, están realizando una labor universal, pero ésta tiene lugar específicamente en el mundo material y no se trata de una obra espiritual en los planos internos.

En otra ocasión, Sai Baba declaró su divinidad:

***“Yo soy Dios. Soy Mahalaxmi,
soy Vithoba... Ganesha... Dattatreya...
Yo soy Narayan⁷...
¿Por qué van al Río Ganges, en Varanasi?
Coloquen sus palmas a mis pies:
¡Aquí corre el Ganges!”***



*Sai Baba mendigó durante todos sus años en Shirdi;
solía pedir pan, tabaco y aceite para su lámpara.
Aun siendo muy anciano, deambulaba por las calles de la aldea hasta encontrar
las cinco casas en las que pediría limosna para ese día.*

⁷ “Laxmi... Narayan,” etcétera, son diferentes deidades del Panteón hindú, constituido por dioses y diosas (ángeles). En este caso, Sai Baba se estaba refiriendo a todos los atributos Divinos de su personalidad o Estado Divino; por ejemplo, Ganesh representa a la mente universal.

La personalidad espiritual de Sai Baba era del tipo *ghouse*, este tipo de maestro es muy raro. Una vez, un hombre visitó la mezquita en la que Sai Baba dormía y descubrió que los miembros del cuerpo del maestro yacían separados en el piso. En un rincón estaban las manos y los brazos del maestro, en otro, sus piernas y pies, y en otro, su cabeza. Cada miembro estaba separado del torso. El pobre hombre estaba horrorizado. Aterrorizado, pensó en informar a la policía de la aldea que habían asesinado al fakir, despedazándolo. Sin embargo, tuvo miedo de que la policía tratara de involucrarlo en el crimen y, por eso, volvió a su casa sin saber qué hacer. A la mañana siguiente, el perturbado hombre se dirigió con inquietud a la mezquita. Para su asombro, descubrió que Sai Baba estaba vivo y pronunciaba un discurso a algunos de sus devotos y este hombre se preguntó así mismo si lo que había visto la noche anterior había sido una pesadilla. Aquel hombre no conocía esta extraordinaria característica del fakir. A veces, para su labor interior, los Seres Perfectos entran en estado *ghouse* y partes de su cuerpo físico se separan. Cuando esta fase particular del trabajo termina, sus cuerpos automáticamente se unen de nuevo cuando retornan a la consciencia física (corporal).⁸

Hay otra historia de un hombre que fue testigo del autodesmembramiento de Sai Baba. El fakir dormía siempre solo. Sai Baba entraba cada noche en estado *ghouse*. Se dice que dormía en una cama a casi dos metros del suelo, pero no había escalera. Una vez en la que Sai se había retirado a su habitación, un hombre se deslizó silenciosamente por la ventana para ver cómo Sai levitaba hasta su lecho. Pero quedó aterrado al ver un cuerpo sin brazos, sin piernas y sin cabeza. En ese mismo instante, el hombre quedó ciego, y su ceguera le sirvió de fuente de arrepentimiento por el resto de su vida.

Sai Baba no carecía de buen humor. Solía bromear con sus devotos y hasta divertirse con sus debilidades. Sin embargo, hasta su muerte, siguió llevando la vida austera y ascética de un fakir. A Dios lo llamaba “pobre”: también un *Fakir*. “Puesto que Dios es pobre, yo soy pobre”.⁹

Sai usó la misma camisa kafni hasta que se desgarró y deshilachó tanto que uno de sus discípulos tuvo que obligarlo a quitársela y le dio una nueva para que la usara. Incluso después de eso, Sai solía sentarse con aguja e hilo y la remendaba

⁸ *Ghouse* (pronúnciese *ghoul*) es un término espiritual. Un *ghouse* posee el poder oculto de desmembrar su cuerpo físico y después volver a unir sus miembros. Esta característica de un *ghouse* predomina también en algunas personas “ebrias de Dios”, o sea, *masts*. Resulta curioso observar que Sai Baba tenía esta característica *ghouse*. Puesto que tuvo a su cargo la Primera Guerra Mundial, fue capaz de relacionarse con todos los cuerpos humanos despedazados y con sus miembros esparcidos en los campos de batalla.

⁹ Cuando Sai Baba se autodenominaba fakir y llamaba a Dios el Fakir, se refería a su falta de bienes materiales y también al estado de Dios que es la Inconsciencia Infinita. Dios es pobre en este estado porque no se da cuenta de que Él es Dios; asimismo, en este estado Dios es incapaz de conceder la Realización que es la riqueza del Maestro Perfecto.

pacientemente. Era la misma vestimenta que Gopal Rao le había regalado cuando era joven. Después, cuando se había deshilachado por completo, la cosió y uniendo los retazos, confeccionó un pañuelo que envolvía como turbante en su cabeza.

Sai Baba mezclaba su singular personalidad hindú con las características mahometanas, y sus adeptos pertenecían a ambos credos. Jamás prohibió a ningún musulmán que comiera carne, y a veces ordenaba a los sacerdotes brahmines que dejaran de ser vegetarianos y comieran lo que contrariaba sus deseos. En una rara ocasión, él mismo cocinó carne y la distribuyó entre los que estaban reunidos.

Aunque sus ojos eran siempre intensos y relucientes, su modo de ser era cordial. Sus hábitos personales eran austeros, pero su ashram era siempre informal y animado. Era amable y tolerante, aunque a veces era *jalali* (ardiente) y se enfurecería con las faltas de alguien.

Un aspecto del lado jalali de Sai Baba lo representaba una mascota que él tenía: un tigre, que vivió durante unos años con Sai Baba en Shirdi y le acompañaba en sus paseos. El tigre era su mascota, como podría serlo un perro o un gato para un hombre común y corriente. Cuando el tigre murió, Sai lo sepultó en una tumba que le hizo construir.

Cuando las personas iban a ver a Sai Baba para recibir su darshan, era común en él que les pidiera que vaciaran de dinero sus carteras o bolsillos y se lo dieran como *dakshina* (donación monetaria al maestro). Pero si alguien se acercaba a él con deseos materiales, le decía “¡Allah malik hai!”, que en este caso significa: “Dios es el Dador”. Tenía un montón de piedritas cerca de su gran asiento de piedra y a quienes acudían a él en procura de su darshan recogía una y se la arrojaba. Aunque a muchas personas les ocurrieron milagros, quienes eran golpeados por esas piedras recibían sus bendiciones y se convertían en verdaderos devotos de Sai.

En 1886 Sai Baba sufrió un grave acceso de asma y dijo a su discípulo Malsapati “Protege mi cuerpo durante tres días. Si regreso, bien... Si mi cuerpo no retorna a la vida, sepúltalo y planta dos banderas sobre la tumba”. Entonces, Sai cerró los ojos, entró en el estado de *samadhi*¹⁰ y parecía haber muerto. Su respiración y su pulso se detuvieron por completo, y su cuerpo quedó inerte durante tres días y tres noches.

Algunos devotos suyos estaban muy afligidos y lo único que entendían era que su maestro había muerto. Querían celebrar las exequias, pero el fiel discípulo Malsapati se los impidió acunando el cuerpo de Sai Baba en su regazo. Exactamente como Sai lo había predicho, después de setenta y dos horas volvió a abrir lentamente los ojos cuando reingresó en su cuerpo, pero no dijo una sola palabra

¹⁰ Samadhi es un estado de transe espiritual o interrupción temporal de la vitalidad mental y física.

acerca de la labor que había realizado mientras se hallaba en ese estado, ni por qué entró en ese *samadhi*.

Un íntimo discípulo, que siempre se sentaba con el séquito de Sai Baba, se llamaba Barra Baba, lo cual significa “Gran Baba”. Era un hombre de gran talla y obeso. Sai Baba le daba cien rupias por día para que se comprara alimentos, y aquel hombre lo único que hacía era comer, comer y comer. Sai Baba sólo comía los panes y la cebolla cruda que había mendigado, mientras que Barra Baba comía los alimentos más delicados que podía conseguir.

¿Por qué Sai Baba privilegiaba así a este discípulo dando una enorme suma de dinero para que comprara una cantidad descomunal de alimentos, mientras él mismo subsistía con lo que mendigaba? Ese hombre de gran talla almacenaba los sanskaras de todos los que habían entregado su dinero a Sai Baba durante su darshan, y los sanskaras de esas personas se borraron por completo cuando Barra Baba alcanzó *Mukti* (liberación) al morir.¹¹

Una vez, la policía atrapó a un ladrón con una bolsa llena de piedras preciosas y confesó que Sai Baba se las había dado. Un inspector fue a Shirdi para investigar el caso e interrogó detenidamente al fakir.

El policía redactaba su informe a medida que interrogaba al maestro:

- ¿Cuál es su nombre?, le preguntó
- Ellos me llaman Sai Baba.
- ¿Cuál es el nombre de su padre?
- Sai Baba también.
- ¿Cuál es el nombre de su gurú?
- ¡*Venkusha!*
- ¿Cuál es su credo o su religión?
- ¡*Kabir!*
- ¿Cuál es su casta?
- ¡*Parvardigar!*
- ¿Cuántos años tiene usted?
- Centenares de miles de años.
- ¿Jurará en el tribunal que lo que está diciendo es la verdad?
- Yo soy la Verdad.
- ¿Conoce usted al acusado?
- Sí, lo conozco... Conozco a todos.
- El acusado dice ser su devoto y que ha estado con usted. ¿Es cierto eso?
- Sí, todos están conmigo... Todos son míos.
- Según él lo afirma, ¿dio usted algunas piedras preciosas al acusado?

¹¹ Mukti es la Realización de Dios en el momento de la muerte: Liberación de las rondas de nacimientos y muertes. Mientras el obeso Barra Baba vivía era un depósito de sanskaras de los demás, que Sai Baba recogía y guardaba en él y que exteriormente parecía un intercambio monetario. En este sentido, cuando Sai Baba decía “Dame tu dinero”, estaba pidiendo a las personas que se vaciaran, ante él, de sus sanskaras.

- Sí, se las di... ¿Quién da qué y a quién?
- Si dio las piedras preciosas al acusado, ¿cómo las consiguió usted?
- Todas las cosas son mías... Todas las cosas me han sido dadas.

El policía quedó desconcertado. Después de esto, el ladrón fue absuelto y se archivó el caso.

Todas las noches, Sai Baba mantenía ardiendo un *dhuni* (fuego) en la mezquita de la Madre de la Misericordia. También solía tener encendida una pequeña lámpara de aceite en la mezquita y al combustible lo mendigaba en distintos negocios de Shirdi. Sin embargo, hubo un día en que ningún comerciante le dio querosén. Regresó a la mezquita, llenó la lámpara con agua, ¡y la encendió! Ardió sin combustible y, por la mañana temprano, cuando los aldeanos se enteraron del “milagro”, su fe en él se avivó y Sai Baba se volvió el verdadero centro de atención en Shirdi.

Un Maestro Perfecto ve a todos los que tienen una estrecha relación con él. Un día de 1910, estaba sentado cerca del *dhuni* cuando, de repente, en lugar de poner leña en el fuego, introdujo un brazo en las llamas. Un devoto corrió y le retiró el brazo, pero igual se había quemado gravemente.

Cuando le preguntaron por qué había hecho eso, Sai dio esta explicación “Uno de mis fieles es un alfarero que vive cerca de aquí. En ese momento, su esposa estaba trabajando en el horno con su hija en el regazo. Al escuchar que su marido la llamaba, se incorporó y la niña se le resbaló accidentalmente dentro del horno. En ese instante, introduje mi brazo en este fuego. Estas quemaduras no me importan, la niña se salvó. Ella habría muerto si yo no hubiera hecho esto”.

Después de pasar varios años en Shirdi, Sai Baba hizo elevar un templo cerca de la mezquita en memoria de su gurú Gopal Rao. La construcción de este nuevo templo en honor de un santo hindú, cerca de la vieja mezquita mahometana, podría interpretarse que formó parte de la labor espiritual de Sai Baba, para unir espiritualmente a los hindúes y los musulmanes. En efecto, Sai Baba solía referirse a su mezquita, la Madre de la Misericordia, como una “mezquita brahmín”.

A veces, Sai Baba disponía que, en la mezquita, los fieles mahometanos le leyeran el *Corán*, y en otras ocasiones, en el templo de su gurú Gopal Rao, celebraba el *arti* y el *puja* y hacía que los fieles hindúes le leyeran el *Bhagavad Gita* y el *Ramayana*. Sai Baba era un Maestro Perfecto fuera de lo común, por ser una singular combinación de las características espirituales hindúes y musulmanas, y su labor con ambas religiones significaba que en realidad no eran diferentes una de la otra, pues el Uno, a quien adoraban, era el mismo.

Nadie puede establecer si Sai Baba fue hindú o musulmán por nacimiento, pero es un hecho que su educación espiritual estuvo conectada con ambas religiones, porque tuvo maestros hindúes y musulmanes. Sai era único: vestía como un musulmán, pero llevaba en su frente las señales de casta, propias de un hindú.

Celebraba con igual fervor los días sagrados y las festividades de ambas religiones. Citaba el Corán para deleite de los mahometanos, pero era igualmente muy versado en las escrituras hindúes o Shastras.

Para alguien como Sai Baba, su propia identidad humana y las diferencias religiosas nada significaban. Una vez, alguien le preguntó dónde había nacido y le contestó “No tengo residencia”.

Con el paso de los años, fueron millares las personas que acudieron a verle, pensando, muchas de ellas, en ganancias materiales. Una vez Sai Baba advirtió a quienes querían que los bendijera “Yo soy quien los busca y los atrae, no vienen por propia voluntad. Aunque algunos estén a centenares de kilómetros de distancia, los atraigo como gorriones con las patitas atadas”.

Solía repetir a sus fieles “Les doy lo que ustedes quieren para que empiecen a querer lo que yo quiero darles. Mi Maestro me dijo que dé abundantemente a todos los que me lo supliquen; pero ninguno de vosotros me suplica sabiamente...”.

“Mi tesoro está abierto. Pero ninguno de ustedes trae un carro para trasladar el tesoro verdadero. Caven profundamente y lleven lo que les pertenece por derecho, pero ninguno de ustedes quiere tomarse la molestia”.

“A todos ustedes que vienen a mí les digo: ¡Esta oportunidad no se repetirá! ¡Yo soy el Uno, yo soy Dios!”.

Sai Baba controló la Primera Guerra Mundial. Cuando se trasladaba desde la mezquita hacia el templo de Gopal Rao, sus seguidores entonaban su arti entre esos dos edificios. En esa ocasión, cuando caminaba entre la mezquita y el templo, se veía una extraña luz en su rostro. También se observaba que efectuaba con sus dedos extrañas señales en el aire. Esta conducta continuó diariamente durante cuatro años, desde que empezó hasta que terminó la Primera Guerra Mundial.

Durante los años de guerra, Sai Baba solía decir “No tengo forma y estoy en todas partes. No soy este cuerpo al que llaman Sai... Soy el Alma Suprema: soy la Creación entera. Soy todas las cosas y estoy en todos los seres. Estoy en los santos, criminales, animales, y en todas las demás cosas... Nada sucede sin que yo lo desee. Mi luz es de Dios; mi religión es *Kabiri* (Maestría Perfecta), y mi riqueza radica en las bendiciones que sólo yo puedo dar”.

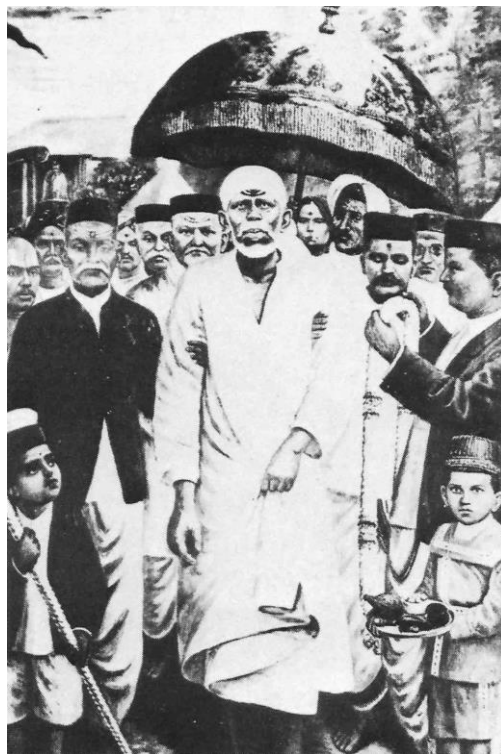
Un día, durante la guerra, Sai Baba regresaba de la procesión de *lendi* cuando, en medio de una suave música, sus ojos miraron a un joven en especial, como

jamás habían mirado a nadie. “¡*Parvardigar!*” Pronunció esta sola palabra con la sonoridad del océano cuando el joven cayó a los pies del anciano fakir.¹²

¿A quién se estaba dirigiendo Sai Baba? Los ojos que quedaron atrapados en los de Sai Baba pertenecían al joven zoroastriano que había sido besado por Babajan, entronizado por Narayan Maharaj y cubierto de guirnaldas por Taju-ddin Baba.

Los ojos del joven y los del anciano fakir se miraron fijamente, y la palabra salió nuevamente de la boca de Sai: “¡*Parvardigar!*” Entonces, por tercera vez, la santa palabra resonó desde los abismos de la Divinidad del anciano Maestro cuando proclamó: “¡*Parvardigar!*”, y se inclinó ante el joven.

Aquella multitud de fieles contempló atónita este hecho extraordinariamente significativo. Su sentido es profundo, aunque tuvo lugar en un camino sucio y polvoriento de una aldea pobre de Maharashtra, en la India, en diciembre de 1915. Cuando la muchedumbre rodeó a Sai Baba, el joven fue empujado a un costado. Sai Baba regresó a su asiento, mientras el joven siguió deambulando por el camino. Nuestra Era clamó al mundo pero nadie escuchó “¿No reconocen aquel ante quien Sai se inclinó? ¿Ustedes también se inclinarán ante él y se rendirán!... ¡no lo dejen atrás! ¡Él es el Antiguo!”.



Representación del lendi de Sai Baba con sus devotos que le siguen en procesión.

12 *Parvardigar* es el término sufi que significa el *Preservador de la creación*. Se trata del mismo Ser que conocemos como *Vishnú* en la mística vedántica. Aquel quien impregna (todo) es el Preservador Todopoderoso.



El anciano fakir, Sai Baba, a quien afectuosamente Meher Baba llamaba "abuelo", en la aldea de Shirdi, con cuatro discípulos cercanos, durante sus últimos años. Durante la ceremonia de lendi solían llevar una sombrilla.

Cuando la guerra tocaba a su fin, el 28 de septiembre de 1918, Sai Baba, en ese entonces de ochenta años de edad, tuvo una fiebre que duró dos días, después de la cual el anciano fakir dejó de comer; parecía consciente de su muerte inminente.

Sai Baba tenía un viejo ladrillo que había usado como almohada durante años. Un día, a un niño que limpiaba la mezquita, se le cayó el ladrillo, el cual se

partió en dos. Cuando Sai Baba entró en la mezquita, exclamó al ver el ladrillo roto “No se rompió el ladrillo sino mi destino. Ese ladrillo fue mi compañero de toda la vida y me asistió en mi labor. Lo quería como a mi vida. Ahora que se rompió, el cacharro de mi vida también se romperá pronto”.

Después de estar diecisiete días sin probar alimento, Sai Baba se desplomó a las dos y media de la mañana, exclamando: “¡Ah, Deva!”: ¡Oh, Dios!. Entonces, reclinó su cabeza sobre el hombro de un discípulo íntimo y dio su último suspiro. Era el 15 de octubre de 1918, durante el *Dasserah* (día sagrado de los hindúes en conmemoración de la fecha en que Rama dio muerte a Ravana). También en ese final hubo una acalorada disputa entre sus fieles: los hindúes querían cremar su cuerpo, mientras que los mahometanos lo querían sepultar. Después de tres días de fogosa discusión, el cuerpo fue sepultado en un templo que él mismo había ordenado erigir en honor a Krishna. Al introducirlo verticalmente en la tumba, su cuerpo lucía como cuando estaba vivo. ¡El cuerpo del pobre fakir había contenido al *Dios Incontenible!*

Sai Baba dijo en una ocasión: “Estaré activo y vigoroso aún desde mi tumba. Incluso después de mi *mahasamadhi*¹³, estaré con ustedes en el momento en que piensen en mí”. Hasta el día de hoy, sus palabras son ciertas, pues el santuario de Sai Baba, en Shirdi, de entre todos los sitios sagrados de Maestros espirituales contemporáneos, es el lugar de peregrinación más concurrido de la India.

**¡Oh Ser Sin Nombre! ¡Oh tú a quien llaman Sai!
¿Cómo podremos retribuirte por lo que has hecho por nosotros?
¡Tú trajiste a la forma al Dios Sin Forma, y le diste poder!**

¹³ Un Maestro Perfecto quiere conscientemente su muerte cuando completó su labor universal. *Mahasamadhi* significa el desprendimiento de su forma física por parte de un Sadguru, quien es consciente de que se marcha de este mundo o de las esferas de la materia, la energía y la mente.